

**Mención especial en el II CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
RIOXA NOSTRA**

¿Anacronía o milagro?

(por: Isabel Lizarraga)

Quizás sea cierto que estoy un poco mayor para tratar con los niños, pero el plan de cuidar a los nietos en San Bernabé no me pareció una buena idea.

—Pero, papá, no te cuesta nada. Ya sabes que ni mi marido ni yo tenemos fiesta. Tú has vivido otras celebraciones de este día y puedes enseñar a los chicos las tradiciones.

Y en el fondo de la mirada de mi hija Isabel vi que llevaba años sin pedirme nada. Así que allí estábamos los dos abueletes, Josefa y yo, con dos mocosos de la mano, camino del Revellín. Los niños no eran malos; sin embargo... ¡eran niños!

Por quanto la memoria es poca e muy caediza, e la natura humana, por su fragilidad, muy mudable, debemos nosotros dexar por escripto los grandes fechos acaescidos en nuestras tierras, por que los que fuesen por venir sean sabidores de aquéllos e tuvieran en tales obras enxiemplos para bien vivir e, finalmente, los consideraren camino recto para la salvación de sus almas. Et es ansí como he de contar la gran estoria del cerco que hobo la famosa cibdad de Lucronio en el anno de Nuestro Sennor de 1521 et los fechos maravillosos que allí acaescieron, que a todos maravillaron.

Cuando llegamos a recoger a los nietos, la asistenta nos entregó a dos chiquitos guapísimos, peinados y pulcros como dos angelitos. El mayor, Miguel, tan formal y tan limpio con sus pantaloncitos blancos, me dio la mano dócilmente y al bucear en su mirada tranquila sentí como un escozor la traición de mis primeras excusas. «Sí que es cierto que los viejos nos volvemos egoístas», pensé con arrepentimiento. Sin embargo, cuando la pequeña se colgó de los brazos de su abuela, con un gran lazo rojo adornando la dorada cabecita, vimos con horror en su gesto ceñudo que la mañana no iba a resultar tan placentera.

Et fue que en el qual tiempo hobo en Castiella un príncipe, que por sus virtudes e gracias era, ansí de los grandes como del pueblo común, muy querido et amado, el qual fue llamado por la Gracia de Dios nuestro rey don Carlos. E hobo en aquel mismo tiempo en el reyno vezino de Francia otro rey que quanto el nuestro tenía de bondad et temor a Dios tenía éste de alevoso et de bravo e tuvo por bien desear el gobierno de nuestras muy fermosas tierras et descidió de venir a aquestas nuestras heredades para tomárselas por la fuerza de las armas al rey don Carlos et el nombre del alevoso era Francisco Primero de Francia.

Al poco rato de salir, los niños comenzaron a discutir.

—Yo voy con la abuela.

—No. ¡Voy yo con la abuela!

—¡Quiero palomitas!

—¡Quiero un helado!

—¡Quiero un globo!

—¡Quiero la luna!

Josefa dice que a los críos no hay que hacerles mucho caso, que hay que dejarles enfadarse o llorar sin darle importancia, pero a mí los gritos me volvían loco. ¡Bendito San Bernabé! ¡Benditas batallas y bendito asedio hasta el 11 de junio!

Llegando el mes de mayo del anno antedicho, un muy grand exército del mal rey francés entraba por tierras fragosas del norte de Nabarra, cruzando el Roncal, et queriéndonos engannar, enviaron mensajeros a nuestra cibdad pidiendo favor para llegar al reyno de Castiella, et descían que no hobiéramos temor et les dexásemos passo porque sólo venían contr' el reyno de Castiella et non contra nos. Empero, el mayor mesturero enviado por el rey Francisco había por nombre Asparrot et llevaba a su mando un exército de más de tres mil caballeros, todos bien armados et bien guarnescidos.

Después de dar un paseo por el Espolón y por la Gran Vía nos parecía que ya llevábamos muchas horas arrastrando de la mano a los dos niños llorones. El globo, al poco de comprarlo, había decidido ascender a los cielos por buscar mejor acomodo; el helado se había derretido en la camisita rosa de la niña, las palomitas se habían ido diseminando a lo largo del paseo en un rastro que hubiera podido ser útil a Pulgarcito. La luna no se la habíamos podido conseguir a los chicuelos porque todavía era de día.

Los habitantes d'esta cibdad de Lucronio, desque vieron que tales caballeros non venían por verdat, mas qu'eran mestureros et traidores, entendieron que no tendrían a bien rescebirlos pues que traían mentira et falsoedad, et por ende enviaron de los sus mensajeros al fementido Asparrot et dixeron que esta cibdad era leal e firme con el rey castellano et que non pensasen parar por aquí, que no serían bien rescibidos,

sino que por la fuerza de las armas se les iba a obligar a volver a sus tierras, que las heredades d'este reyno, que llaman del Oxa o de La Rioxa por otro nombre, sólo tienen como reyes a los nuestros. Recibidos por Asparrot los tales avisos dizen que tomó tan gran ira que todos sus hombres hobieron gran temor, por la saña que mostraba et dixo Asparrot que vernía en esta nuestra cibdad e la cercaría con un cerco tan grande et tan fuerte que ningún habitante ni joven ni viejo, ni chico ni grande pudiera d'ella salir por nada del mundo.

—Tengo hambre, tengo frío, tengo sueño —se exasperaba mi nieto.

—Miguelito me pega, ya no tengo helado, ¡me aburro! —lloriqueaba la nietecita.

Así que no me quedó otra opción que declarar el gran acontecimiento.

—¡Ahora falta cumplir con la parte más importante del día!

Los niños abrieron los ojos. Josefa, sorprendida, también se interesó por la novedad que debía cambiar el curso de la mañana.

Et faciéndolo así, el día de Nuestro Señor veintizinco de mayo, los habitantes d'esta cibdad se encontraron cercados por un fuerte exército que no permitía salir ni entrar personas ni animales ni cosas et no podían se abastecer de ningún alimento et sólo tenían para comer lo que se encontraba en la cibdad. Et entonces llamaron al buen caballero Don Pedro Vélez de Guevara, que era el gobernador de la cibdad et le rogaron su ayuda, et este caballero era uno de los más discretos de la Corte e su crianza excedía, así en dichos como en fechos, a todos los otros caballeros et ninguno se igualaba con él. Como vido este guerrero que todos le llamaban et solicitaban, juró servir a su pueblo et facerle fianza e fraternal compañía juramentándose con él para

defender la cibdad, de forma que ninguna cosa, salvo la muerte, los partiría jamás de en uno.

Yo comencé el relato del Sitio de Logroño.

—Os voy a contar lo que pasó aquí mismo, en Logroño, hace muchíííísimos años. ¡Hace más de cinco siglos! En el año 1521 el rey francés Francisco I quiso engañar a los logroñeses y les pidió que le dejaran paso hacia Castilla para hacer la guerra contra el Emperador Carlos. Pero eso era sólo una excusa para conquistar esta ciudad, y el gobernador de Logroño, que era muy listo y se llamaba Don Pedro Vélez de Guevara, no se dejó convencer y les dijo que no les quería abrir el paso hacia Castilla...

Don Pedro mandó traer sus armas et quando fue armado rogó a todos que así también rogasen a Dios por él et hizo enlazar el yelmo, pidió su caballo e sin llegar al estribo, saltó a la silla e púsose en camino con toda su gente para avistar al enemigo y aprestarse a defender la cibdad, et todos sus caballeros tras él rogaban a Dios que les ayudase et los viejos et mujeres et niños todos habían gran temor de las batallas que se habrían en los días siguientes.

—Como los franceses se enfadaron, rodearon con su ejército toda la ciudad y no dejaban entrar ni salir a nadie hasta que Logroño se rindiera. ¡Y se quedaron así muchos días seguidos!

Desque los caballeros cristianos vieron que no podrían salir del cerco sin perder la vida, et por ende la cibdad entera, determinaron quedar cabe las murallas et defenderlas por guisa que ninguno osase acercarse o entrar, et así se hizo. Et los

defensores dezían que los enemigos eran más de treinta mil et estaban en el campo llano et tenían guardas en todos los caminos, porque no entrase socorro ninguno en la cibdad.

—Pasaba el tiempo y se fue acabando la comida, así que los logroñeses, para no morirse de hambre, se alimentaban de pan y de peces del río. ¡Eso sí! ¡Todo bien regado con vino de Rioja! Y por eso nosotros el día de San Bernabé celebramos el Sitio de Logroño comiendo lo mismo que ellos durante el asedio, los peces, el pan y el vino, en una de las puertas de la muralla antigua de la ciudad: el Arco del Revellín, que se construyó al año siguiente para celebrar la victoria.

Miguelito, de nuevo interesado, se prendió otra vez de mi mano, mientras que la niña se entusiasmaba y gritaba, ante la mirada de alarma de Josefa:

—¡Yo quiero vino, yo quiero vino!

Para distraer a la nieta de su nueva ocurrencia, añadí aumentando los efectos teatrales:

—Y un día, dicen algunos, ¡sucedió un gran milagro!

Ansí pasaron grandes fechos et muchos días fasta que las viandas en la cibdad hobieron su fin et las mujeres lloraban et pedían a Dios Nuestro Señor que ayudase a que no quedaran sin nada que dar a sus hijos y plugo al Criador que restaban en las bodegas grandes cantidades de bon vino et determinaron que con un poco de pan e los pezes del río se iban todos a contentar.

Sin embargo, cuando nos acercábamos a la Fuente de Murrieta, vimos con espanto que dos largas colas, como dos serpientes sinuosas y gigantes, mostraban el

camino interminable hacia las mesas donde se adquirían los jarros y se repartía el pez y el panecillo. Ya no había posibilidad de volver atrás. ¡Pero lo prometido es deuda! Un sol inclemente más propio del Sahara que de comienzos de junio en Logroño empezó a taladrarnos las espaldas mientras ocupábamos nuestro lugar en el último puesto de la fila. Los niños, ajenos al calor y a la desesperación del impaciente, comenzaron a jugar y a empujarse corriendo alrededor de los vecinos.

Et el caballero Don Pedro Vélez de Guevara non quiso que pasase fambre su pueblo et, quanto podía, envió a los pescadores que con sus redes pescaban en el río et con sus pezes los alimentaban a todos et dezían que de fambre no iban a morir et que, por la Gracia de Dios, jóvenes y viejos, hombres et mujeres, todos con el pan, los pezes et el vino habrían de vivir e fortalecerse, mas ninguno moriría de fambre.

El calor arreciaba y la fila avanzaba despacio. La espera se hacía interminable y los niños comenzaron a impacientarse. Hasta yo, que presumo de estoico, empecé a desear con vehemencia llegar a la meta. Un hambre feroz comenzó a aguijonearme y el sol, el sudor y la fatiga me hacían desear hondamente la jarra de vino. ¡El pan, el pez, el vino!

—Abuelo, tengo hambre.

—Abuelo, tengo sed.

—Abuelo, ¿cuándo llegamos?

Con ansia esperaba mi turno (el vino, el pan, el pez) y comencé a recordar a aquellos que hace más de quinientos años también esperarían el reparto del pan, el pez, el vino. ¡Aquellos sí que tendrían hambre y sed!

Et pasaron muchos días que los enemigos no afloaban el cerco et los habitantes de la cibdad muy grandes fechos fizieron, que si unos non osaban entrar los otros tampoco podían salir y quando salían todos peleaban esforzadamente. Et quando los habitantes tenían mucha fambre y salían a pescar, Don Pedro muy bravamente los defendía e rogaba a sus soldados que peleasen prometiéndoles la honra e la victoria de la batalla et él mismo iba por el campo como un león bravo, derribando caballeros e caballos e despedazando cabezas e brazos e volviéndose a menudo a los suyos. E hizo tales cosas que fue conocido de todos sus enemigos. E todos le habían miedo e fuían quanto podían de encontrar con él. Él traía la espada et el brazo derecho teñidos en sangre e sus armas eran en muchas partes rompidas de los grandes golpes que había recibido.

Los minutos transcurrían y como en esta vida todo llega (y, desventuradamente, también todo pasa), por fin nos acercamos al puerto donde vendían los jarrillos, que daban paso al reparto. ¡Evohé, evohé! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Casi teníamos en las manos los panecillos, los peces, las jarritas de vino.

Et quando volvían a la cibdad, estaban los guerreros fambrientos, que no habían comido ni bebido et los habitantes les daban del vino et del pan et los pezes, que un día, por la Gracia de Nuestro Sennor, ocurrió una grant maravilla que todos hobieron como milagro de Dios, et por cuanto algunos podrían tenerla por similitud de imposibilidad, por no verdadera, mandó Don Pedro escrebirla para que tengan noticia los venideros de estos grandes fechos et quedasen tales obras como enxiemplos para bien vivir.

Los niños empujaban, ansiosos, y querían cogerlo todo a la vez, y por fin, salimos triunfantes con nuestro premio en la mano. Josefa y yo con una jarrita en la izquierda y el pan con el pez en la otra. Cada niño con un panecillo estrujado contra el pecho y el pescado escurriendo del papel de estraza con que se lo habían envuelto (la niña, es cierto, sujetaba todo ello con un poquito más de delicadeza).

Et fue este milagro que un día quanto más fambriento et cansado se fallaba Don Pedro, viendo que non quería estorbar el reparto a sus hombres et esperando con grant humildad su turno en el último puesto, aparescieron dos hermosos niños muy blancos, que maravilla era de los ver, dos niños inocentes, macho et fembra, la niña con un lazzo roxo so la su cabeza, el niño con unnas extrannas calzas blancas, que ninguno en toda la cibdad non conocía nin había nadie visto, et mostraron aquellos duos ángeles a Don Pedro unos panes otrosí muy blancos, pequeños, amasados como por las manos de la Santísima Virgen María, a la que todos se encomendaron...

Con el oscuro objeto del deseo en la mano sólo un segundo perdí la cabeza y me olvidé de los niños, mientras me aplicaba en saciar los más bajos instintos.

—¡Qué sed!, ¡qué hambre! ¡Qué bueno está el vino! ¡Qué bueno está el pez!

...et sin fablar una palabra los niños ofrescieron los panes et los pezes a Don Pedro, que quedó maravillado, et tomó los panes para sí, con los pezes, envueltos en pergamino, los quales tenían un grand sabor, que nunca tales hubiera probado antes, e todos lo tuvieron por gran milagro e gran merced de la Virgen...

Engullí mi ración sin mirar a los lados, totalmente ajeno al tumulto engañoso que me rodeaba. ¡Qué hambre y qué sed! Y cuando, un poco avergonzado de mi gula y de mis ansias, miré a mis nietecillos, los pobres estaban llorando.

—¡Abuelo, abuelo! ¡Un señor malo y mugriento nos ha quitado la comida! — proclamaba la niña a voz en grito, en competencia con Miguelito, que todavía berreaba más fuerte.

—Con las manos muy sucias se tocaba la barba... ¡y nos decía palabras muy raras!

...et como los niños no llevaban vino, túvolo Don Pedro por un aviso del cielo e hizo un gran juramento de no volverlo a probar hasta que la ciudad fuese liberada, que por la Gracia de Dios fuera ese mismo día, el 11 de junio, con la famosa victoria de Don Antonio Manrique de Lara y sus veinte mil caballeros.

Incrédulo, advertí que los niños ya no tenían sus panecillos en las manos e interrogué con sobresalto a Josefa, que se estaba acabando su jarrita de vino. Su mirada ausente, alucinada como ante una visión, todavía se me aparece en mis noches de insomnio. ¡Nunca he logrado resolver aquel misterio!